

JEANINE CUMMINS



AMERICAN



«Reto a cualquiera a leer
las primeras siete páginas de
este libro y no terminarlo.»

Stephen King



DIRT



TIERRA AMERICANA



B

AMERICAN
DIRT

TIERRA
AMERICANA

PENGUIN RANDOM HOUSE / EDITORIAL SA DE CV

L A T R A M A

AMERICAN DIRT

TIERRA
AMERICANA

Jeanine Cummins

Traducción de María Laura Paz Abasolo



American Dirt

Tierra americana

Primera edición en España: marzo, 2020

Primera edición en México: abril, 2020

D. R. © 2020, Jeanine Cummins
c/o Sterling Lord Literistic, Inc. y c/o MB Agencia Literaria, S. L.,
Publicado originalmente por Flatiron Books, New York

D. R. © 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021, Barcelona

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos que aparecen en esta novela son producto de la imaginación del autor o utilizados ficticiamente.

D. R. © 2020, derechos de edición mundiales en lengua castellana
excepto Estados Unidos, Canadá y Puerto Rico:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © 2020, María Laura Paz Abasolo, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro
(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-319-193-7

Impreso en México – *Printed in Mexico*

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Joe

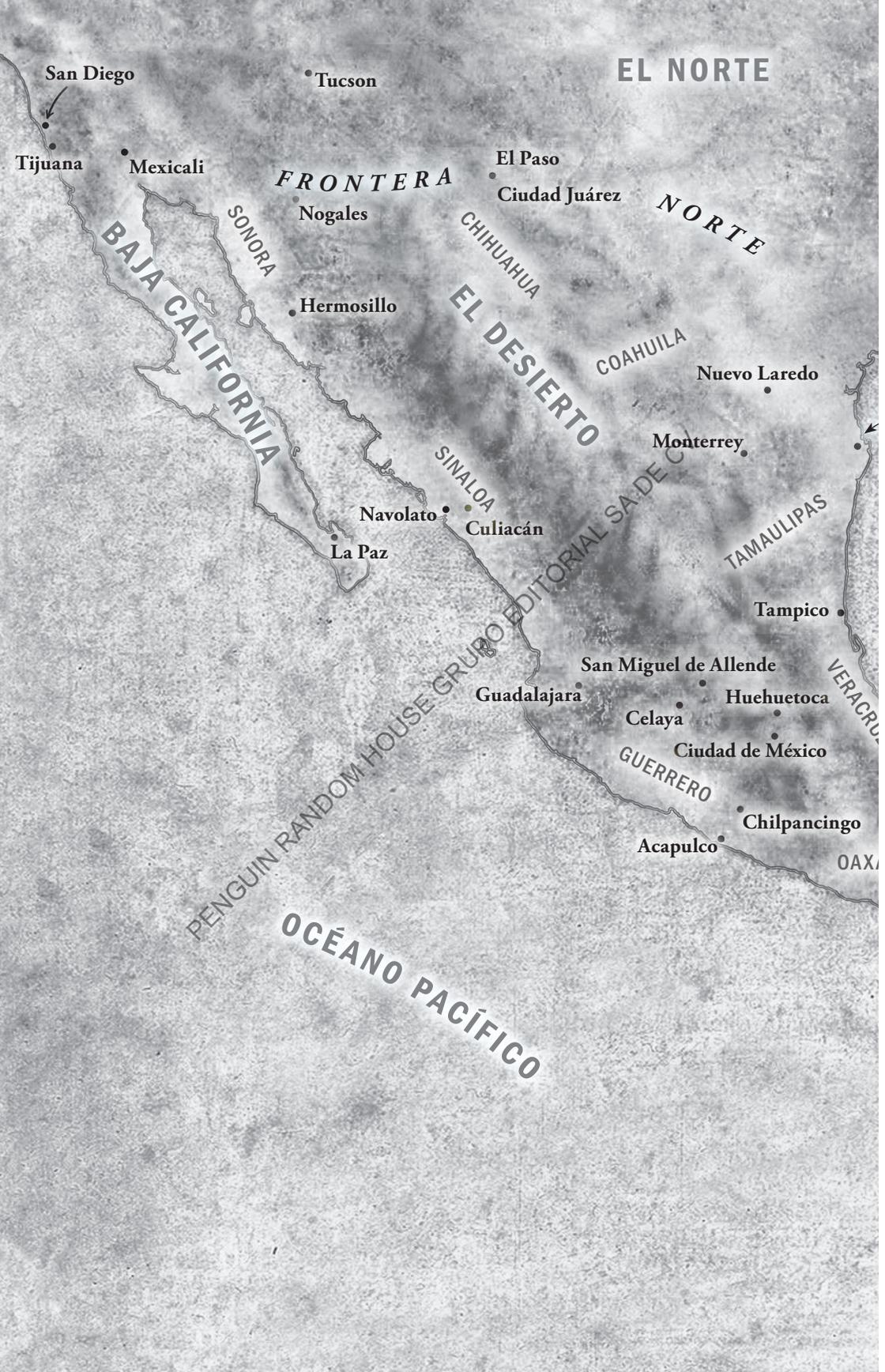
PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL SA DE CV

Era la sed y el hambre, y tú fuiste la fruta.

Era el duelo y las ruinas, y tú fuiste el milagro.

—Pablo Neruda, “La canción desesperada”

PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL SA DE CV



EL NORTE

San Diego

Tucson

Tijuana

Mexicali

FRONTERA

El Paso

Ciudad Juárez

Nogales

CHIHUAHUA

NORTE

SONORA

BAJA CALIFORNIA

Hermosillo

EL DESIERTO

COAHUILA

Nuevo Laredo

Monterrey

SINALOA

Navolato

Culiacán

La Paz

TAMAULIPAS

Tampico

San Miguel de Allende

Guadalajara

Huehuetoca

Celaya

Ciudad de México

GUERRERO

Chilpancingo

Acapulco

VERACRUZ

OAXACA

PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL SA DE CV

OCEANO PACIFICO



Houston

Nueva Orleans

Tampa

Miami

Matamoros / Brownsville

GOLFO DE MÉXICO

CUBA

Cancún

YUCATÁN

MAR CARIBE

FRONTERA SUR

San Pedro Sula

CHIAPAS

Guatemala

GUATEMALA

HONDURAS

Tegucigalpa

San Salvador

EL SALVADOR

EL SUR

ACA

PENGLING HOUSE EDITORIAL SA-DE

CAPÍTULO 1

Una de las primeras balas entra por la ventana abierta que está justo arriba del inodoro. Luca no se da cuenta enseguida de que se trata de una bala, y es mera suerte que no le atraviese la cabeza. Apenas percibe el leve sonido de su trayectoria al clavar-se en la pared de azulejos a su espalda, pero la ráfaga de balas que le sigue es estridente; un clac-clac de estallidos continuos que retumban con la velocidad de un helicóptero. Se escuchan gritos que pronto se apagan, aniquilados por el tiroteo. Antes de que Luca tenga tiempo de abrocharse los pantalones, bajar la tapa y subirse en ella para mirar, antes de que pueda confirmar la fuente del terrible clamor, Mami abre la puerta del baño.

—Mijo, ven —dice tan bajito que Luca no la escucha.

Sus manos no actúan con delicadeza. Lo empuja hacia la ducha. Luca tropieza con el borde de azulejo y cae de manos. Mami se tira encima de él y Luca siente que sus dientes se entierran en los labios. Nota el sabor de la sangre. Una gota oscura dibuja un pequeño círculo rojo contra el azulejo verde claro del piso. Mami lo avienta hacia la esquina. La ducha no tiene puerta ni cortina. Ocupa un rincón en el baño de la abuela, y tiene una tercera pared de azulejos que mide cerca de un metro y medio de alto por un metro de ancho y que da forma a un cubículo. Con

un poco de suerte, será lo suficientemente grande para ocultar a Luca y a su madre.

La espalda de Luca está encajada en la esquina; sus pequeños hombros tocan ambas paredes. Tiene las rodillas bajo el mentón y Mami se agazapa sobre él, protegiéndolo como si fuera el caparazón de una tortuga. La puerta del baño sigue abierta y eso preocupa a Luca, aunque no puede ver qué hay más allá del escudo creado por el cuerpo de su madre, detrás de la especie de barricada que es la ducha de la abuela. Quisiera escabullirse y empujar ligeramente la puerta con un dedo. Quisiera cerrarla por completo. No sabe que su madre la dejó abierta a propósito, que una puerta cerrada solo incita una inspección más exhaustiva.

Siguen escuchando el ruido de los disparos, acompañado de un olor a carbón y carne quemada. Papi está preparando carne asada y piernas de pollo, las favoritas de Luca. Le gustan un poco quemadas, para sentir el fuerte sabor de la piel crujiente. Su madre levanta la cabeza lo suficiente para mirarlo a los ojos y cubre sus oídos con ambas manos. Afuera los disparos merman. Cesan y vuelven en breves ráfagas. Omitando, piensa Luca, el ritmo salvaje y errático de su corazón. En medio de todo el alboroto, aún puede escuchar la radio. Una voz femenina anuncia “¡Mejor FM Acapulco, 100.1!” y luego la Banda MS canta sobre la alegría de estar enamorado. Alguien le dispara a la radio y se escuchan risas. Voces de hombres. Dos o tres, pero Luca no está seguro. Luego siente pisadas fuertes de botas en el patio de la abuela.

—¿Lo ves? —dice una de las voces justo afuera de la ventana.

—Aquí.

—¿Y el niño?

—Mira, ahí hay un niño. ¿Es ese?

El primo de Luca, Adrián, trae puestos sus tacos y su playera de Hernández. Adrián puede golpear el balón de fútbol con la rodilla cuarenta y siete veces seguidas.

—No sé. Parece de su edad. Tómale una foto.

—¡Mira, pollo! —dice otra voz—. Se ve bueno. ¿Quieres?

La cabeza de Luca está bajo la barbilla de Mami, y su cuerpo, enredado firmemente a su alrededor.

—Olvida el pollo, pendejo. Revisa la casa.

Mami se agacha más, presionando a Lucas contra la pared de azulejos. Pega su cuerpo al de él y ambos escuchan el chirrido de la puerta trasera, seguido de un golpe. Luego escuchan los pasos en la cocina y el ruido intermitente de las balas dentro de la casa. Mami gira la cabeza y repara en el vívido contraste de la gota de sangre que derramó Luca en el piso, iluminada por un sesgo de luz. Luca siente cómo se detiene la respiración en el pecho de su madre. La casa está en silencio ahora. El pasillo frente al baño está alfombrado. Mami estira una de sus mangas para cubrirse la mano y Luca ve con terror cómo se aleja de él hacia la delatora mancha de sangre. Pasa la manga por encima, dejando solo un leve rastro, y regresa junto a Luca en el momento en que el hombre abre por completo la puerta del baño con la culata de su AK-47.

Deben ser tres hombres, porque Luca todavía escucha dos voces en el patio. Detrás de la pared de la ducha, el tercer hombre desabrocha su pantalón y orina en el inodoro de la abuela. Luca no respira. Mami no respira. Sus ojos están cerrados, sus cuerpos inmóviles; incluso la adrenalina está suspendida en la calcificada voluntad de su quietud. El hombre eructa, jala la cadena y se lava las manos. Se seca con la toalla buena de la abuela, la amarilla, la que solo pone cuando hay fiesta.

No se mueven después de que el hombre se va. Ni siquiera después de escuchar de nuevo el chirrido y el golpe de la puerta de la cocina. Se quedan así, hechos un amasijo de brazos, piernas, rodillas, mentones, párpados apretados y puños cerrados, incluso después de oír que el hombre ha regresado con sus compañeros, después de escucharlo anunciar que la casa está vacía y ahora sí va a comer pollo, porque no hay motivos para desperdiciar una buena comida cuando hay niños muriéndose de hambre en África. El hombre está tan cerca de la ventana que Luca puede

escuchar los chasquidos de su boca al masticar el pollo. Luca se concentra en su respiración, en inhalar y exhalar sin hacer ruido. Se dice a sí mismo que se trata de apenas una pesadilla, un sueño terrible, como los que ha tenido antes. Siempre despierta con el corazón acelerado y siente cómo lo inunda el alivio. “Solo fue un sueño”, suele decirse.

Porque esos hombres son la versión moderna del Coco en el México urbano. Porque incluso los padres que no hablan de violencia frente a sus hijos, los que cambian la estación de radio cuando se escuchan noticias de un nuevo tiroteo y ocultan sus miedos más profundos, no pueden evitar que sus hijos hablen con otros niños. En los columpios, en el campo de fútbol, en el baño de la escuela, esas historias grotescas se acumulan y agrandan. Cualquier niño, ya sea rico, pobre o de clase media, ha visto cadáveres en las calles y homicidios casuales. Y, gracias a lo que se cuentan, sabe que hay una jerarquía de peligro y que algunas familias corren más riesgo que otras. A pesar de que Luca nunca notó en sus padres la menor evidencia de peligro, a pesar de que estos siempre se mostraron seguros ante él, Luca sabía... sabía que ese día iba a llegar. Pero eso no lo preparó para su llegada. Pasa mucho, mucho tiempo antes de que Mami retire la mano que mantiene apretada contra la nuca de Luca, antes de que se aleje lo suficiente para que él pueda ver cómo cambió el ángulo de la luz que entra por la ventana.

Hay cierta gracia divina en los instantes después del terror, antes de su confirmación. Cuando por fin mueve su cuerpo, Luca experimenta una breve, vacilante euforia por el hecho de estar vivo. Por un momento disfruta el áspero paso del aire a través de su pecho. Deja sus palmas estiradas para sentir el suelo frío bajo su piel. Mami se desploma contra la pared frente a él y se soba la mandíbula de manera que resalta su hoyuelo en la mejilla izquierda. Le parece extraño ver sus zapatos buenos, los que usa para ir a la iglesia, en la ducha. Luca se toca la herida del labio. La sangre ya se secó, pero se quita la postilla con los dientes y la he-

rida se vuelve a abrir. Comprende que, si hubiera sido un sueño, la boca no le sabría a sangre.

Después de mucho tiempo, Mami se levanta.

—Quédate aquí —le dice en un susurro—. No te muevas hasta que regrese por ti. No hagas ruido. ¿Entiendes?

Luca se abalanza para agarrar su mano.

—Mami, no te vayas.

—Mijo, no me tardo, ¿sí? Quédate aquí. —Mami zafa los dedos de Luca de su mano—. No te muevas —le dice de nuevo—. Sé bueno.

Luca no tiene problema alguno con hacer lo que Mami le dice, no tanto porque sea un niño obediente como porque no quiere ver. Toda su familia está allá afuera, en el patio de la abuela. Es sábado, 7 de abril, y celebran los quince de su prima Yénifer. Ella lleva puesto un vestido largo de color blanco. Su papá y su mamá, el tío Alex y la tía Yemi, el hermano menor de Yénifer, Adrián, que ya cumplió nueve años y le gusta decir que es un año mayor que Luca, aunque solo se lleven cuatro meses, todos están ahí.

Antes de que Luca tuviera ganas de orinar, Adrián y él estaban pateando el balón con los demás primos y las mamás estaban sentadas en la mesa del patio, con sus palomas heladas sudando sobre las servilletas. La última vez que se reunieron en la casa de la abuela, Yénifer entró sin darse cuenta al baño cuando Luca estaba adentro, y eso lo había mortificado tanto que hoy le había pedido a Mami que lo acompañara y montara guardia en la puerta. A la abuela no le gustó; le dijo a Mami que estaba consintiéndolo, que un niño de su edad ya debía poder ir al baño solo, pero Luca es hijo único y se sale con la suya en cosas que otros niños no pueden.

Sea como sea, Luca está solo en el baño ahora, intentando no pensar, pero una idea lo invade de repente: esa conversación molesta entre Mami y la abuela quizá fuera la última que tendrían. Luca se había acercado a la mesa, retorciéndose, y le había dicho algo a su madre, susurrándole al oído. Al verlo, la abuela

había negado con la cabeza y los había señalado acusadoramente con el dedo, mientras soltaba sus comentarios. Sonreía de una forma peculiar cuando criticaba algo. Pero Mami siempre estaba del lado de Luca. Había subido los ojos y se había levantado de la mesa, ignorando la desaprobación de su madre. ¿Cuándo fue eso...? ¿Hace diez minutos? ¿Dos horas? Luca se siente a la deriva, lejos de los límites temporales de siempre.

A través de la ventana, escucha los pasos inseguros de Mami, el sonido rasposo y lento de sus zapatos caminando sobre los restos de algo roto. Se escucha un jadeo que nunca se convierte en sollozo. Ahora los sonidos se aceleran mientras Mami cruza el patio con firmeza, presionando los números de su teléfono. Cuando habla, en su voz hay un estrés que Luca no ha escuchado antes, y esta brota aguda y tensa desde el fondo de su garganta.

—Necesitamos ayuda.